



La firme suavidad del poder absoluto

Ya sabíamos que la mayoría absoluta permitirá al PP abordar los problemas con la determinación, la potencia y también la cautela que hagan falta. Pero una cosa es saberlo y otra respirarlo, y eso fue lo que sucedió ayer.

Quien hoy va a ser elegido presidente no fue ni un paso más allá de lo que le convenía porque no tuvo la menor necesidad. Sabía que enfrente no tenía a nadie que le pudiera producir ni un arañazo. Por eso se permitió el lujo de no dar detalles concretos de las medidas que va a adoptar y acotó cuidadosamente las lindes de su intervención con un único y claro propósito: que todos los españoles supiéramos con absoluta certeza que el próximo Gobierno le va a meter una tangana al país de las de no te menees. Y que lo va a hacer inmediatamente y en todos los frentes de la actividad económica nacional. Para que nos vayamos preparando.

Pero, aunque ése ya es un mensaje de suficiente contundencia, **Rajoy** no quiso pasar de ahí y eludió deliberadamente la confrontación con el portavoz del principal partido de la oposición quien, a falta de mayores concreciones, no tuvo ni siquiera la oportunidad de cumplir con su obligación, que es la de oponerse. Quien hoy será votado presidente en el Congreso exhibió, con toda la intención, su voluntad de renunciar a la crítica por la catastrófica herencia recibida, cosa que, de paso, le aseguraba una respuesta igualmente respetuosa por parte de **Alfredo Pérez Rubalcaba**. Y así fue.

El tono del líder socialista fue tan correcto o más que el de su contrincante político. Rubalcaba tuvo que conformarse con formular desde la tribuna un puñado de preguntas y ofrecer lo mismo que el otro había ofrecido: voluntad de acuerdos para superar la crisis. Y, por lo que se refie-

re a los contenidos de las reformas, tal y como fueron planteadas por Rajoy resultaba muy difícil para el portavoz del PSOE negar que la situación de España es crítica, que los ajustes son imprescindibles y que el apoyo a los emprendedores es obligado.

Tampoco pudo acusar al nuevo presidente de atentar contra el Estado del Bienestar porque, basándose en lo escuchado ayer en la Cámara, le era imposible afirmar tal cosa. Rajoy no le suministró esa oportunidad. No sacó la muleta y mucho menos la espada, y eso fue lo que dejó al socialista huérfano de vigor argumental y ayuno de potencia política. Y como las famosas líneas rojas que el PSOE enarbola como bandera de su batalla futura no fueron cruzadas ayer por el líder *popular*, enseguida se hizo evidente que Rajoy se había metido el debate en el bolsillo.

La misma medicina suavizante se la aplicó a CiU. **Duran Lleida** le pidió con insistencia que se retratara en lo relativo al pago de los 759 millones que la Generali-

Enseguida resultó evidente que Rajoy se había metido el debate en el bolsillo

tat reclama al Gobierno. Pero Rajoy no se retrató. Ni en eso ni en la exigencia de un pacto fiscal, la gran reivindicación de los *convergentes*. Que lo estudiará, le dijo. Que él tenía otras prioridades pero que ya hablarían. ¿Quién podría reaccionar fieramente ante ese ofrecimiento?

Lo que ayer vimos en el Congreso fue el efecto político de una estrategia parlamentaria de *dulzura aplicada* a cargo de un poder absoluto administrado con astucia. Un paseo.